

Repercusiones psicológicas en la piel

Por: ENRIQUE GUARNER

JEAN Paul Marat quien viviera desde 1743 hasta 1793, constituyó uno de los líderes principales de la Revolución Francesa. No obstante, este hombre fanático y orgulloso estuvo plagado por una gravísima alteración cutánea que lo obligó a permanecer sentado en un barreño repleto de agua con medicamentos donde trataba de hallar alivio a sus enormes sufrimientos. Los médicos que lo atendían describieron el padecimiento como formado por un engrosamiento y excoeraciones en la piel que se acompañaba por un enloquecedor prurito o ardor.

La postura de Marat durante la Revolución de 1798 fue la de un radical que pensaba en una dictadura dirigida por él mismo. Jean Paul nació en Suiza siendo su padre un conocido diseñador italiano, perdió a su madre cuando era adolescente. Después del bachillerato estudió medicina en Burdeos y París, trasladándose a Londres en 1765. Vivió allí doce años ejerciendo la profesión y hasta fue candidato para ingresar a la Academia de las Ciencias. La razón por la que no obtuvo ese título resultó de sus desavenencias con Isaac Newton. Sin embargo, las aportaciones de Marat llamaron la atención sobre todo aquellas que se referían a las enfermedades oculares.

En 1777 retornó a Francia donde se hizo médico y veterinario de los aristócratas. En cuanto estalló la Revolución Jean Paul tomó partido y comenzó a publicar el periódico que denominó «L'ami du peuple». En él trabajaba en forma incansable y solamente dedicaba dos horas a dormir y aseguraba que a lo largo de tres años, no había tenido más de quince minutos de descanso.

Marat contribuyó en forma efectiva a la caída de los girondinos, pero se acentuó su dermatosis y las vesículas invadieron completamente los miembros inferiores. A pesar de los ardores que sufría convirtió a la tina en su despacho, permaneciendo inmerso en

agua mezclada con minerales y medicamentos, enrollando una toalla sobre su cabeza. Lo asistían su hermana Albertina y la criada Simone a la que había convertido en su mujer.

Fue allí donde recibió a la célebre Charlotte Corday, quien lejanamente descendía de Corneille y había sido educada en un convento de monjas. Con la caída de Robespierre su indignación no tuvo límite y decidió asesinar al líder de los que se denominaban «Les cordeliers». Para llevar a cabo su acción decidió enviar una nota afirmando que conocía a los diputados de Caen que habían traicionado la causa. Marat la recibió en su barreño y mientras escribía los nombres, Charlotte sacó un enorme cuchillo que con gran energía le clavó en el pecho alcanzando a la aorta. El «amigo del pueblo» gritó: «¡A moi, me cheréamie, a moi!», pero resultó demasiado tarde porque se desangró en los brazos de Simone. Pronto acudió la policía y al interrogar a la asesina ella respondió: «J'ai fait mon devoir». (He hecho mi deber).

La capa cutánea que cubre la casi totalidad de la superficie exterior de nuestro cuerpo es impermeable al agua y no deja que penetren los microbios, a los cuales destruye con las sustancias que secretan sus glándulas. Por su cara visible la piel se halla expuesta a la humedad, la sequedad, así como el calor y el frío. En su porción interna ella se encuentra en contacto con un mundo privado de luz y sus células viven como animales marinos.

A pesar de su delgadez nuestra superficie nos protege eficazmente contra variaciones incansables del ambiente, porque es flexible, elástica y duradera. Su perpetuidad se debe a la constante multiplicación de los tejidos y hasta puede afirmarse que nuestra edad se determina a través de la piel.

Al nivel de las fosas nasales, la boca, el ano, la uretra y la vagina, la superficie cutánea se une a las mucosas por medio de anillos contráctiles denominados

esfínteres. Si ellos son dañados la existencia queda amenazada.

La piel posee una enorme cantidad de receptores, todos los cuales registran los cambios que suceden a nuestro alrededor. Estos corpúsculos táctiles son extremadamente sensibles a la presión, al dolor y a las modificaciones que sufre la temperatura. La superficie exterior transmite las sensaciones desde antes de que nazcamos y a partir de la infancia percibimos el calor y el frío. Tanto la calidez como la frialdad constituyen los sinónimos para valorar a quienes queremos para diferenciarlos de aquellos a los que rechazamos. El tacto y la ternura de la madre se transforman durante la edad adulta en las delicias que sexualmente nos proporcionan los seres que amamos.

Los corpúsculos de la lengua perciben las calidades de los alimentos y las terminaciones nasales los olores. Un grupo innumerable de fibras nerviosas irradian por todo el cuerpo y se conectan en el sistema nervioso central proporcionándonos el contacto con el mundo externo. Incluso podemos asegurar que jamás ignoramos los elementos que actúan en el área exterior de nuestro organismo. En otras palabras, éste constituye una verdadera integridad que limita a través de la piel y las mucosas para comunicarse con el mundo físico-químico que nos rodea.

Es por lo anterior que la importancia psicológica de la superficie cutánea resulta esencial. La prueba de la atracción entre los seres resulta captada visualmente al examinar las formas de los demás. La tez constituye una de las bases que determinan la belleza. Coloquialmente estamos acostumbrados a asociar el «verde con la envidia». El «amarillo con el miedo» y el «rojo con la rabia». Igualmente las mujeres hallan virilidad en los hombres con un vello abundante; mientras que muchos varones rechazan a las hem-

bras que muestran pelos abundantes en sus piernas o en la cara.

Un manifestación cutánea puede aparecer como un mensaje simbólico. Por ejemplo, el estudiante perplejo que durante un examen se rasca la cabeza parece pedirle a la misma la respuesta acertada. O bien, preferiría frotarle el cráneo al profesor quien es el que conoce la verdadera solución de su problema. De la misma manera la aparición de un eczema en el dedo anular el día de una boda, no es otra cosa que un aviso sobre la división interna que existe hacia el matrimonio.

El desplazamiento de una emoción desde una región del cuerpo hacia otra resulta frecuente en los problemas cutáneos y es así como un ardor que irrita puede ocasionar un placer excitatorio que posee connotaciones genitales masturbatorias. Recuerdo un paciente que sufría de una micosis pédica, «o pie de atleta» que cuando curó de su padecimiento echaba de menos la exaltación que sentía en el masaje de sus pies. La razón de que esto suceda estriba en que el componente sexual está prohibido, mientras la fricción cutánea no despierta ninguna culpa.

En la práctica dermatológica sabemos que abundan las alteraciones infligidas a ellos mismos por los pacientes. Ejemplo de esta situación es el observar adultos que por angustia y ansiedad se muerden las uñas, o los labios y aún conocemos muchos que suelen chuparse los pulgares.

La eritrofobia consiste en un mórbido temor a ruborizarse. El componente de vergüenza y hasta homosexual resulta frecuente. La acarofobia es un miedo irracional a ser invadido por parásitos.

Uno de los padecimientos más comunes de la piel resulta ser la urticaria, la cual consiste en ampollas rojizas llenas de exudado que suelen presentarse en zonas cutáneas visibles provocando el rasquido cons-

tante. Independientemente de los factores alérgicos que la condicionan, muchas personas tienen rasgos masoquistas que las exponen a situaciones humillantes ante las cuales reprimen la rabia.

Por otra parte el llamado acné vulgaris que se desarrolla por fluctuaciones endócrinas que provocan la sobreactividad de las glándulas sebáceas, se deriva de dificultades para ajustarse a la pubertad. Es decir, que se da con frecuencia en caracteres rígidos y perfeccionistas con componentes morales que tratan por todos los medios de detener sus impulsos sexuales.

Las neurodermatitis son inflamaciones superficiales de la piel caracterizadas por engrosamientos, excoeraciones y liquenificación que se acompañan de prurito o ardor. La inestabilidad neurocirculatoria y efectiva constituyen estados precipitantes y exacerbantes. Numerosos alérgenos han sido adjudicados como causa de la afección, pero un buen contingente psicológico forma una parte determinante en estas afecciones.

Por último cabe citar aquí los casos de eczema como el que presentó Marat, el cual era resultado de una personalidad insegura con grandes responsabilidades. Su alteración se hizo más marcada con la fatiga emocional y física que sufrió en su lucha contra los girondinos. La debilidad deprimió las suprarrenales creando una preponderancia del parasimpático con dilatación vascular, exudación y urticaria. La repercusión sobre la mucosa respiratoria condicionó la rinitis y los ataques de asma de aquel al que se llamó «el amigo del pueblo».